

Diccionario de mitos

Diccionario de mitos

Título:

Diccionario de mitos

© Carlos García Gual, 1997

De esta edición:

© Turner Publicaciones SL, 2021

Diego de León, 30

28006 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: octubre de 2017

Segunda edición: diciembre de 2021

Ilustraciones interiores y de cubierta: © Abraham Lacalle

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ISBN: 978-84-18895-17-3

DL: M-27682-2021

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:
turner@turnerlibros.com

Para Isabel, de nuevo.

ÍNDICE

Prólogo a esta edición	7
Introducción	11
Adán	17
Adonis	19
Afrodita	24
Agamenón	29
Alcmeón	30
Alejandro	37
Amazonas	43
Antígona	46
Apolo	48
Aquiles	55
Ares	60
Argonautas	61
Ariadna	62
Arimaspos	68
Ártemis	69
Arturo	69
Asclepio o Esculapio	72
Atenea	80
Atis	88
Ayante (Áyax el Grande)	89
Ayante Oileo	90
Belerofonte	91

Carmen	95
Caronte	97
Cassandra	101
Centauros	103
Circe	106
Crono	110
Cupido	113
Dafne	119
Dédalo	120
Deméter	120
Dioniso	122
Don Juan	129
Don Quijote	135
Dragones	146
Eco y Narciso	151
Edades míticas	153
Edipo	154
Eneas y Virgilio	160
Eros	165
Esfinge	172
Europa	173
Fausto	177
Fedra	181
Frankenstein	182
Gilgamesh	187
Hefesto	195
Helena	195
Heracles o Hércules	198
Hermes	202
Héroes griegos	208
Ícaro	215
Ifigenia	216

Isis	222
Jano	231
Jasón el Argonauta	232
Job	238
Lanzarote	243
Leda (y el cisne)	245
Loki	247
Medea	255
Merlín el mago	258
Moisés	263
Musas	268
Narciso	273
Nereidas	273
Ninfas	276
Odín	279
Orfeo	282
Pan	287
Pandora	290
Perceval o Parsifal	298
Perseo	301
Pigmalión	307
Polifemo	308
Poseidón	311
Prometeo	313
Reyes Magos	319
Robinson	323
Rómulo	325
Salomé	327
Satanás, el demonio	331
Sátiros	339
Sherlock Holmes	340
Sirenas	348

Sísifo	352
Superman	353
Tántalo	357
Tarzán	358
Teseo	367
Tetis	379
Tiresias	385
Tristán e Isolda	387
Troyanas, trío de damas: Hécuba, Casandra, Andrómaca	391
Ulises	405
Zeus	421
Notas	427

PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN

Aunque no me parece necesario, tal vez sea conveniente añadirle un breve prólogo a la nueva edición de este libro, conservando la más extensa “Introducción” que escribí para él hace veinte años, para subrayar de entrada algunas notas características. En primer lugar, quiero recordar que fue redactado y publicado (en la editorial Planeta, 1997) como uno más en una serie de “diccionarios de autor” (junto a otros diccionarios de Literatura, Filosofía, etcétera), aprovechando una fórmula cómoda que permitía una selección subjetiva de sus temas y una redacción personal, e intentando darle al conjunto un estilo literario y ameno, y no solo una exposición didáctica escueta y erudita. No se trata, pues, de un diccionario mitológico más, ni pretende ofrecer un repertorio exhaustivo de todos los mitos de la cultura occidental. Como ya deja ver claramente en su índice, resume y analiza mitos de varias culturas y varias épocas, y lo hace con un tono un tanto desenfadado y algo irónico, atento a dar resalte a los motivos más memorables de cada relato, y, sobre todo, a su transmisión y singular pervivencia en la tradición mítica de la cultura occidental.

Las figuras que deambulan por sus páginas forman pues una serie fantástica, abierta, abigarrada e incompleta, y los artículos han sido escritos con independencia unos de otros. Por un lado, es evidente que la mayoría de los personajes tratados pertenecen a la acreditada mitología griega, la más famosa y resonante en nuestra tradición cultural; pero junto a esos personajes antiguos, héroes y dioses de clásico prestigio, alternan estupendas figuras de otros tiempos, con aires novelescos más modernos y algunos hasta inventados en el próximo siglo xx. Aun más: he incluido como héroe mítico a un personaje de indudable origen histórico: Alejandro de Macedonia, que nos dejó un

inolvidable rastro mitológico. (En fin, ninguno de los aquí reunidos me ha presentado quejas de sus variopintos compañeros de viaje). El rasgo esencial que, a mi parecer, define a todos estos personajes como “míticos” es su larga y arraigada pervivencia en el “imaginario colectivo”, como intento explicar en mi “Introducción”; ese es el elemento decisivo en mi acepción del término “mito” (y paso por alto las usuales connotaciones religiosas o políticas del vocablo “mito”, tan frecuente y frívolamente usado en los medios actuales). Me habría gustado dar al libro el título de *Diccionario de figuras míticas*, ya que casi todos los capítulos evocan personajes señeros y con nombre propio y, además, no incluyo en este repertorio renombrados temas míticos como podrían ser el mito de la Atlántida o el del Eterno Retorno. Pero he preferido mantener el título más general.

Ordenados un tanto arbitrariamente, por el azaroso orden alfabético usual en los diccionarios, por sus páginas pululan figuras de diversas procedencias. Es cierto que, para diseñar con trazos firmes el perfil propio de cada una sería imprescindible recordar el contexto histórico y cultural en que surgieron, pero aquí solo he podido dar algunas indicaciones sueltas y abreviadas al respecto. Así pues, en el caso de los personajes más modernos, los que protagonizan los que podemos llamar “mitos literarios”, aludo puntualmente a cómo surgieron y cómo se difundió y se hizo conocido el relato que los popularizó. En los mitos arcaicos, los “más auténticos”, si queremos usar esa adjetivación, no resulta posible dar esas precisiones cronológicas. En cuanto a la confluencia de relatos de orígenes tan diversos, sugeriría al lector que, en su lectura, intentara hacer una pausa entre uno y otro capítulo, a fin de percibir mejor las distancias y no dar tropezos al saltar de un escenario mitológico a otro muy distinto. (Me figuro que la lectura de esos capítulos con tantos y diversos personajes requerirá acaso un cierto esfuerzo imaginativo, pero cuento con que muchos lectores conocen más o menos ya los mitos, relatos pródigos en nombres propios y en alusiones a otras historias, sagas y leyendas, de épocas lejanas y paisajes fabulosos. De modo que ese paseo por “el país de la memoria” donde se alber-

gan los mitos, un territorio fantástico, debe intentarlo con ánimo de alegre excursionista).

Y quiero insistir: este no es para nada un texto académico ni de afanes eruditos. Me ha divertido volver a escribir rememorando a estos tipos fantásticos y mis muchas lecturas sobre ellos. Tanto en los nuevos como en los anteriores capítulos abundan las citas, más o menos extensas, de otros estudiosos, al margen de las de los grandes textos literarios. Me encanta, ya se ve, citar a algunos autores que me han sido muy útiles para redactar y perfilar los rastros de esas siluetas fabulosas. Muchas veces mi interés hacia este o aquel personaje ha sido provocado por los textos que menciono o en los que hallé sugerencias y frases muy aguzadas. Recojo las palabras de antiguos textos y de escritores modernos cuando me parecen certeras y sugestivas, con la certeza de que yo no podría haberlo expresado mejor. En el fondo, y también en la superficie, este diccionario está basado en esas innumerables lecturas. Me hago la ilusión de que así, con esas citas, entablo una especie de diálogo fantasmal con otros que ya escribieron de esos mismos temas. Esas muchas citas, con autores y libros leídos con clara simpatía, quieren ser un reconocimiento de mis deudas y, a la vez, recordatorio y recomendación afectuosa.

Después de veinte años de la primera, al preparar esta nueva edición, he ampliado el repertorio de personajes introduciendo una docena de figuras mitológicas que creo que bien lo merecían, una tropa abigarrada, pues en ella entran Don Quijote y Satanás, Isis y Moisés, Sherlock Holmes y Tarzán, y seis más. También, de paso, he añadido algunas pocas notas bibliográficas, muy contadas.

Los buenos relatos míticos guardan, creo, un perdurable encanto. Conservan, a pesar de sus siglos a cuestas, una extraña y perpetua juventud; sus héroes no se dejan arrugar por el paso del tiempo. Ojalá que algo de ese aire fabuloso y fresco aún se perciba en estas prosaicas páginas.

Carlos García Gual, septiembre de 2017.

INTRODUCCIÓN

La palabra “mito” se emplea ahora con significados tan vagos que conviene una previa definición, como cautela e indicación de que vamos a usarla en un sentido preciso. Si intentamos reflexionar sobre sus significados en varios contextos, podemos advertir que sobre su vaga denotación se ponen de relieve ciertas connotaciones. El término “mito” se aplica a algo que parece ser extraordinario, fabuloso, ejemplar y memorable, aunque tal vez poco objetivo, y exagerado, fastuoso y falso. En todo caso, como si el mito mentara (o mintiera) algo que está más allá de la realidad mostrenca, objetiva, dura, empírica y comprobable. Lo mítico aparece aureolado de un halo de fantasía y elevado al ámbito de lo imaginario, y puede así ejercer un mágico y poderoso encanto sobre nuestra actitud frente al mundo. (Puesto que somos, más que realistas, seres emotivos, imaginativos y memoriosos). Pero a la vez parece ser algo peligroso, por esas mismas razones de su prestigio, y frente a los mitos parece que hay que tener algunas sospechas y cierta cautela crítica. Siempre que creemos en los mitos, nos arriesgamos a su seducción enigmática. Algo que ya sabía Platón, que, sin embargo, decía que era “hermoso ese peligro” (*kalòs gàr ho kíndynos*, según el texto del *Fedón*, 114d).

En todo caso, aquí y ahora no buscamos una definición precisa del vocablo, sino sencillamente queremos advertir de antemano que la palabra se ha ido recargando de connotaciones varias que pesan más que su denominación original en el habla coloquial y la periodística. Como decía Aristóteles del “ser”, podemos decir del “mito” que “se dice de muchas maneras”. Tal vez esta multivocidad del término refleja algo que ya estaba en sus mismas raíces; acaso la misma esencia de lo mítico, en relación directa con el ámbito seductor de los fabulo-

so, lo memorable y lo imaginario, promueva y facilite esa dispersión semántica.

Pero esa variedad de sentidos no se da solo en el lenguaje más periodístico y coloquial, sino que la encontramos en los mismos estudios e investigadores de los mitos. Un gran estudioso de los mitos griegos, el profesor G. S. Kirk, en un excelente libro, nos ponía en guardia. Afirma en él que no hay una única definición del término “mito”, sino que los especialistas lo definen cada uno a su conveniencia, según su enfoque, procedencia o escuela, según sean sociólogos, psicólogos, historiadores, filólogos, etcétera. No vamos a entrar en esa discusión. Me parece saludable tener en cuenta en principio esa escéptica advertencia para no ser parciales en el enfoque, pero intentaré, a pesar de ella, una definición.

Me gusta, a este respecto, lo que escribió hace tiempo el novelista Cesare Pavese, un intelectual muy representativo de nuestra época y muy adicto a la mitología griega: “Un mito es siempre simbólico; por eso no tiene nunca un significado unívoco, alegórico, sino que vive una vida encapsulada que, según el lugar y el humor que lo rodea, puede estallar en las más diversas y múltiples florescencias”.

Nos conviene recordar ciertos rasgos esenciales del uso del vocablo, de origen claramente griego. En primer lugar que *mythos* significó originariamente “relato, narración, cuento, palabra”. El mito es siempre un relato, que a veces lleva un título: el nombre propio de un héroe o un dios que lo protagonizan, o acaso el del narrador. Es decir, la figura mítica protagonista. El mito cuenta mediante imágenes y en forma un tanto dramática los hechos de esos protagonistas extraordinarios, dioses y héroes. Esos relatos míticos tienen un perdurable y misterioso encanto para el público ingenuo que lo escucha, aprende y rememora, y que ve en ellos algo esencial de su cultura y su comprensión religiosa del mundo.

Propongo como definición funcional y válida esta: “mito es un relato tradicional que refiere la actuación memorable y paradigmática de unas figuras extraordinarias –héroes y dioses– en un tiempo prestigioso y esencial”. Los mitos ofrecen unas imágenes que impactan en

la memoria colectiva, y que perviven en la tradición, porque sin duda responden a preguntas fundamentales del ser humano y su inquietud ante los misterios de la vida y los retos de la sociedad. Los mitos pertenecen a la memoria colectiva. “Los mitos viven en el país de la memoria”, como ha escrito M. Detienne. Los mitos están más allá de lo real y ofrecen una explicación, a su modo y manera, de la realidad. Explicación simbólica, desde luego, y que en muchos casos tiene que ver con las creencias religiosas. Los mitos aclaran, revelan, cuentan lo que está por debajo de lo aparente; con sus historias dan sentido –un sentido humano y en clave simbólica– al mundo que nos rodea. Los mitos hablan de los grandes enigmas y proponen explicaciones en su código figurativo, dramático y fantasmagórico. Eso aclara la presencia del mito en cualquier cultura, e incluso que subsista en la nuestra, frente a la explicación científica del universo, como un tipo distinto de lenguaje y de lógica, como escribe L. Kolakowski.

Los mitos perduran gracias a su fuerza imaginativa y a su repertorio de poderosas y plásticas imágenes. Uno de los filósofos actuales más preocupados por esa perdurabilidad de los mitos, en épocas y contextos diversos, H. Blumenberg, ha escrito muy a fondo de esa permanencia de sus imágenes, su “constancia icónica”: “La constancia icónica es el elemento más característico en la descripción de los mitos. La constancia de su núcleo esencial hace que el mito pueda comparecer, como una inclusión errática, incluso en el contexto de las narraciones más heterogéneas. El predicado descriptivo de la constancia icónica es tan solo otro modo de expresar lo que en el mito impresionaba a los griegos: lo que ellos consideraban su antigüedad arcaica. La gran estabilidad del mito asegura su difusión en el espacio y en el tiempo, su independencia del lugar y de la época. El griego *mython mytheisthai* quiere decir recontar una historia no fechada y no fechable, es decir, no localizable en una crónica; pero una historia que compensa esta falta con el hecho de ser por sí misma significativa”.

Blumenberg ha insistido en que los mitos, unidos a la fuerza cultural y personal de la memoria, aportan a la visión del mundo *significatividad*, es decir, impregnan de sentido humano la aprehensión de un

mundo exterior que de por sí no presenta una significación clara para el hombre. Es obvio que lo que se suele llamar “realidad” es solo una interpretación de lo que hallamos ante nosotros e interpretamos como tal. Los mitos son una herencia tradicional de relatos prestigiosos sobre lo oculto bajo las apariencias “objetivas”. Los mitos tratan de dar a lo que nos rodea un sentido humano. Por eso son tan importantes para la perduración de la colectividad y sus normas, y también para la orientación del individuo en el sistema de las creencias. Pero no vamos a avanzar con nuestro filósofo en esta reflexión profunda. Sino que, dejando ahora estas honduras metafísicas, destaquemos un rasgo importante de sus análisis: los mitos perduran, pero se ofrecen a diversas interpretaciones y reorganizan sus imágenes según sus nuevos contextos. Esas variaciones y recreaciones forman parte de la mitología. Un mito pervive, en la tradición literaria o popular, manteniendo un esquema esencial y revistiendo nuevos matices y sentidos. Esa capacidad de pervivir y ser reinterpretado es característica de los mitos.

Los mitos griegos son para nosotros –junto con los bíblicos, que están poco representados en este repertorio– los más familiares, aunque ya sean solo temas y motivos literarios transmitidos por una larga tradición de notorio y secular prestigio. Fantasmas son ya de lo que fueron a los que la literatura presta, en su viaje por el tiempo, nuevos hábitos y disfraces. Temas y emblemas de la antigua mitología clásica perviven así, sueltos o trabados en múltiples relatos, y se prestan a ser recontados, aludidos y manipulados por la literatura moderna una y otra vez. Los mitos antiguos resultan, a la mirada actual, poco más que pretextos para su recreación como materia literaria. Han perdido su vinculación con la religión y la ideología de la sociedad que los produjo, subsisten desgajados de todo el contexto ceremonioso y ritual que pudieron tener en sus orígenes y de la función social que cumplían cuando esa mitología estaba vigente en la sociedad griega antigua.

Siguen, no obstante, guardando a su modo todavía, en su distanciamiento de sus orígenes, cierta aura de prestigio. Son como relatos intrigantes, memorables y paradigmáticos, aunque perviven ya solo como pecios y reliquias de una mitología antigua, ahora cuarteada

y recobrada de modo muy distinto a su pervivencia original. En la antigua Grecia los mitos pervivían en las narraciones de los viejos, de los poetas educadores del pueblo, de las fiestas públicas, en las imágenes de los templos y monumentos, etcétera, mientras que ahora solo perduran en una tradición culta, libresca, en una fantasmagoría prestigiosa, pero no popular. Y, sin embargo, aún están ahí, aún nos dicen algo profundo y enigmático sobre nosotros mismos. ¿Por qué, si no, iban a ser memorables después de tantos siglos?

No vamos a ofrecer ahora una clave para interpretar el sentido más hondo y cifrado de esos relatos míticos. Los mitos no son alegorías, no son tampoco historias ingenuas y primitivas. Tienen un simbolismo que hay que interpretar. Simbolistas, funcionalistas, estructuralistas y eclécticos varios, y hermeneutas teólogos, filósofos, psicólogos y sociólogos proponen sus sistemas descodificadores oportunos. Aquí no tomamos partido sobre ese trasfondo. Al menos, por el momento. Que cada uno ensaye su método y traiga luego a la plaza, a discusión, sus logros.

Hay otras mitologías además de la griega, ciertamente. Si aquí hay una evidente mayoría de mitos griegos, se debe a dos razones: en primer lugar, a que estos mitos son los más conocidos e influyentes en nuestra tradición literaria y, en segundo, a que quien redacta estas páginas es mejor conocedor de esa mitología que de otras, más lejanas y exóticas. (En ningún modo eso prejuzga su interés ni su riqueza imaginativa). Soy consciente de que son muy pocos los mitos bíblicos aquí recordados, y que solo hay un ejemplo de la mitología germánica. Pero este puñado de mitos son solo unos cuantos ejemplos, y esta lista de ningún modo pretende ser estricta ni obedece a juicios objetivos de valor. He añadido algunos *mitos literarios* –Perceval, Don Juan, Fausto, Carmen, Frankenstein y ahora Tarzán, Sherlock Holmes y alguno más– para ilustrar cómo se forman nuevos relatos memorables y sujetos a reinterpretaciones en una largar tradición, tal como ya sucedió en el mundo griego con sus mitos.

En fin, no quiero alargar más esta introducción. Como el lector verá, he tratado cada artículo de modo independiente, y con un estilo

variable, unas veces más detenido y otras mucho más sintético. El espacio más o menos largo dedicado a cada figura y tema no responde a su importancia en la tradición ni en el conjunto mitológico, sino a razones más bien subjetivas. Me interesaba mostrar diversos modos de contar y analizar esas figuras míticas –tan distintas como los Reyes Magos, las Nereidas, Alcmeón, Ulises, Hermes, Arturo o Supermán, por ejemplo–, y evocar sus imágenes con soltura y sin ninguna falsilla general. Me ha gustado introducir aquí y allá citas de otros textos y libros, de autores antiguos y comentaristas modernos. Porque, en gran medida, este es –como debía ser– un libro muy influido por muchas lecturas, y espero que estas citas te resulten, amigo lector, tan sugerentes como me parecieron a mí. Y que te inviten a seguir el rastro de esas figuras míticas.

Es obvio que este *Diccionario de mitos* es de elaboración muy personal. No tiene pues ninguna intención de competir con repertorios de mitología más didácticos y mejor ordenados y más serios y completos, ni sirve para usos escolares o académicos. Es solo para aficionados a estos temas, a la literatura de trasfondo clásico, y para algún que otro amigo, cercano o lejano, del autor.

Hace muchos años puse al comienzo de otro libro sobre un mito griego la frase de Aristóteles en que el filósofo se decía: “A medida que envejezco y me siento más solo, me he hecho más amigo de los mitos”. Ahora sé que eso no solo le pasó a Aristóteles.

Madrid, junio de 1997.